

Miguel de Unamuno

Paisajes del alma



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1979
Tercera edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Juan de Echevarría: *Retrato de Miguel de Unamuno* (h. 1930). Museo Nacional de arte Reina Sofía, Madrid.
© Album / Oronoz
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1979, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-611-9
Depósito legal: M. 20.866-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota a la primera edición
- 13 Paisajes del alma (1918-1922):
 - 15 Paisajes del alma
 - 19 Nieve
- 25 Notas de un viaje a Italia (1892):
 - 27 Pompeya (Divagaciones)
- 33 Recordando a Pereda (1923):
 - 35 Una civilización rústica
 - 40 El prado del Concejo
 - 46 El «cilibro» de la tierra
- 51 Del país vasco (1924):
 - 53 Del Bilbao mercantil al industrial
- 59 Canarias (Divagaciones de un confinado) (1924):
 - 61 Los reinos de Fuerteventura
 - 65 Este nuestro clima
 - 69 Leche de tabaiba
 - 73 La aulaga majorera
 - 77 La Atlántida
 - 81 El gofio
- 85 De Fuerteventura a París (1924):
 - 87 Salamanca en París

- 91 ;Montaña, desierto, mar!
96 «Soñadero feliz de mi costumbre»
- 101 Castilla (1931-1934):
103 Por las tierras del Cid
107 Cuenca ibérica
111 Jueves Santo en Rioseco
115 Dos lugares. Dos ciudades
120 Por el Alto Duero
125 En el castillo de Paradilla del Alcor
130 La eterna reconquista
- 135 Madrid (1932-1933):
137 Los delfines de Santa Brígida
142 Callejeo por la del Sacramento
146 En la fiesta de San Isidro Labrador
150 Orillas del Manzanares
156 Manzanares arriba, o las dos barajas de Dios
161 Dos mercados
165 Junto al arroyo
169 La Cibeles en Carnaval
- 175 Aragón (1932):
177 En San Juan de la Peña
- 181 Extremadura (1933):
183 La invasión de los bárbaros
- 189 España (1933):
191 País, paisaje y paisanaje

Nota a la primera edición

Tienes, lector, entre tus manos un nuevo libro de paisajes españoles, vistos y sentidos por don Miguel de Unamuno. Según mi cuenta, el quinto volumen de esta modalidad tan suya. El primero de ellos aparece en Salamanca, 1902, bajo el título *Paisajes*, y en él se contienen cinco espléndidos relatos. Forman el segundo las descripciones y artículos de costumbres agrupados en el que se titula *De mi país*, Madrid, 1903. Integran el tercero los veintiséis artículos de *Por tierras de Portugal y de España*, Madrid, 1911. Y es el cuarto el titulado *Andanzas y visiones españolas*, Madrid, 1922.

Muchas veces rogamus a don Miguel –en 1934, en 1935– que reuniera en un nuevo libro de paisajes los artículos que por aquella época publicaba en los diarios madrileños. Otras empresas y afanes se lo vedaron, aunque la sugerencia mereció siempre su atención. Hoy, que ya no le tenemos entre nosotros, se realiza aquel viejo

proyecto, en el que hemos puesto nuestras manos con una emoción indecible.

Para llevar a cabo esta tarea no han sido pocos ni de escasa monta los temores que han asaltado nuestro ánimo. Dos de ellos, principalmente, merecen una mención expresa. Se refiere el primero al título del libro, «pues un título –como él escribiera– es muchísimo para el suceso de una obra». Honradamente creemos haber superado este temor exhumando el que figura al frente de estas páginas, el mismo que don Miguel concibió para un artículo suyo, publicado en *El Sol*, en 1918. Y obligados por tal elección hemos creído oportuno insertar dicho relato en primer lugar. Si se tiene presente la concepción unamunesca del paisaje –al modo virgiliano– como reactivo de la propia emoción que brota al contemplarlo, mejor diríamos al vivirlo; si se recuerda aquella afirmación suya: «No sé apreciar la Naturaleza más que por la impresión que en mí produce», formulada ya en 1885, creemos que esta de *Paisajes del alma* es calificación que conviene y abarca a todos los escritos que en este volumen se reúnen, sometidos a un criterio de subjetiva unidad.

Nuestro segundo temor nació del modo en que debería realizarse la selección de los artículos. También lo gramos disiparlo, acaso vencerlo, teniendo muy en cuenta las normas que su autor siguiera en la publicación de sus anteriores obras de este tipo. O sea, una rigurosa ordenación cronológica, dentro de la cual sólo nos hemos permitido innovar la delimitación geográfica, regional, de sus temas. De esta manera, la agrupación propuesta adquiere la unidad local que le da el escenario. Y por estimar que nada pierde con ello la secuencia cronológica hemos

hecho este ensayo de clasificación, para la que encontramos antecedentes y apoyo en el volumen titulado *De mi país*, el cual nos brinda un reflejo del que hubiera sido criterio del autor.

La mayoría de estos artículos son posteriores a 1922, en cuyo año apareció *Andanzas y visiones españolas*, su último libro de paisajes. Las excepciones son escasas, pero confiamos en que se nos perdonen. A una de ellas ya nos referimos antes. La otra la constituye ese magnífico artículo titulado «Pompeya», fechado en 1892, donde un Unamuno de veinticinco años nos cuenta las impresiones de su visita a este clásico escenario, que tan hondamente removería los entresijos del alma al futuro profesor de Humanidades.

Muchos de los escritos que aquí se ofrecen –y ya se consigna el detalle en lugar oportuno– vieron la luz en diarios madrileños, en años tan próximos todavía que el recuerdo de su lectura no se habrá extinguido en los lectores de Unamuno. Pero otros aparecieron en periódicos de América o en revistas y publicaciones españolas menos accesibles. Son, por tanto, algo nuevo para la inmensa mayoría del público de España.

No es ahora ocasión oportuna para subrayar el valor de esta modalidad de la obra unamunesca –la de su interpretación del paisaje–, destacada ya por quienes de ella se han ocupado. Sólo recordaremos la fidelidad con que el autor mantuvo un criterio personal suyo: el de rehuir intencionalmente en sus novelas –salvo *Paz en la guerra*– las descripciones de paisaje, como parte integrante de todo color temporal y local, para así darles «la mayor intensidad y el mayor carácter dramático posi-

bles». Y ya sabemos que los paisajes –su entrañada interpretación– constituyeron para don Miguel de Unamuno un género en sí y no un accesorio, técnica opuesta a la de Flaubert, para quien «el viaje no debe ir más que a enfurtir una novela».

Y nada más. En tus manos, lector, queda este libro, para muchos nuevo, de Unamuno. Pero, antes de dejarte, sea él mismo quien ponga fin a estas líneas con aquel mensaje poético, por cuyo cumplimiento nos hemos afanado:

Quando me creáis más muerto,
retemblaré en vuestras manos.
Aquí os dejo mi alma –libro,
hombre–, mundo verdadero.
Quando vibres todo entero,
soy yo, lector, que en ti vibro.

M. García Blanco

Salamanca, julio de 1944

Paisajes del alma

(1918-1922)

El primero de estos artículos fue publicado en *El Sol*, Madrid, 6 de enero de 1918. El segundo, en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 22 de abril de 1922.

Paisajes del alma

La nieve había cubierto todas las cumbres rocosas del alma, las que, ceñidas de cielo, se miran en éste como en un espejo y se ven, a las veces, reflejadas en forma de nubes pasajeras. La nieve, que había caído en tempestad de copos, cubría las cumbres, todas rocosas, del alma. Estaba ésta, el alma, envuelta en un manto de inmaculada blancura, de acabada pureza, pero debajo de él tiritaba arrecida de frío. ¡Porque es fría, muy fría, la pureza!

La soledad era absoluta en aquellas rocosas cumbres del alma, embozadas, como en un sudario, en el inmaculado manto de la nieve. Tan sólo, de tiempo en tiempo, algún águila hambrienta avizoraba desde el cielo la blancura, por si lograba descubrir en ella rastro de presa.

Los que miraban desde el valle la cumbre blanca y solitaria, el alma que se erguía cara al cielo, no sospechaban siquiera el frío que allí arriba pesaba. Los que miraban desde el valle la cumbre blanca y solitaria eran los

espíritus, las almas de los árboles, de los arroyos, de las colinas; almas fluidas y rumorosas las unas, que discurrían entre márgenes de verdura, y almas cubiertas de verdura, otras. Allá arriba era todo silencio.

Pero dentro de aquellas cumbres rocosas, embozadas en la arreciente pureza de la blancura de la nieve y escoltadas de cielo, bullían aún las pavesas de lo que en la juventud de las rocas fue un volcán.

Los arroyos que desde el valle contemplaban las cumbres estaban hechos con aguas que del derretimiento de las encumbradas nieves descendían; su alma era del alma excelsa que se arrecía de frío. Y la verdura se alimentaba de aquellas mismas aguas de las nieves. La tierra misma sobre que discurrían los arroyos, la tierra de que con sus raíces chupaban vida los árboles, era el polvo a que las rocas de las cumbres se iban reduciendo.

Y si los arroyos y los árboles contemplaban a las rocosas cumbres, también éstas, también las cumbres de roca contemplaban a los arroyos y a los árboles. Acaso éstos envidiaban la excelsitud y hasta la soledad de las cumbres. Hastiados del bosque, hubiera querido cada uno de ellos, de los árboles, poder trepar a las cumbres y convertirse allí en tormo; pero las raíces les ataban al suelo en que nacieron. ¿Y qué arroyo, por su parte, no ha querido alguna vez remontar a su fuente? Cuando el arroyo que discurre entre vegas de verdor ve levantarse la bruma de su propio lecho fluido y remontar, empujada por la brisa, hacia las alturas de que baja, sigue con ansia esa ascensión vaporosa.

Mas lo seguro es que las cumbres anhelaban bajar al valle, deshacerse en polvo para hacerse tierra mollar. Las

cumbres, presas en la soledad de la altura, miraban con envidia la vega; su blancura se derretía en deseos del verdor del valle. ¿Hay nada más dulce que una nevada silenciosa sobre la verdura de la yerba? Las montañas que ven volar sobre ellas, a ras de cielo, a las águilas, y sienten las sombras de éstas recorriendo su blancura, ansían ser estepa que sienta sobre sí las pisadas de los leones. Y mirándose las montañas y las estepas, y cambiando sus pensamientos, aguileños los de aquéllas y leoninos los de éstas, sueñan en el águila-león, en el querubín, en la esfinge. Y lo ven en las nubes que, acariciando la estepa, como una mano que pasa sobre la cabellera de un niño gigante, van a abrazar a las montañas.

También en la estepa, en el páramo, lejos de la montaña, cae la blanca soledad de la nevada silenciosa, y el páramo, como la montaña, se envuelve en arreciente manto de nieve. Pero es que el páramo suele ser también montaña, todo él vasta cima ceñido en redondo por el cielo. Cuando el cielo del alma-páramo de la vasta alma esteparía se cubre de aborascadas nubes, de una sola enorme nube, que es como otro páramo que cuelga del cielo, es como si fuesen las dos palmas de las manos de Dios. Y entre ellas, tiritando de terror, el corazón del alma teme ser aplastado.

Terrible como Dios silencioso es la soledad de la cumbre, pero es más terrible la soledad del páramo. Porque el páramo no puede contemplar a sus pies arroyos y árboles y colinas. El páramo no puede, como puede la cumbre, mirar a sus pies; el páramo no puede mirar más que al cielo. Y la más trágica crucifixión del alma es cuando, tendida, horizontal, yacente, queda clavada al suelo y no puede

apacentar sus ojos más que en el implacable azul del cielo desnudo o en el gris tormentoso de las nubes. Al Cristo, al crucificarlo en el árbol de la redención, lo irguieron derecho, de pie, sobre el suelo, y pudo con su mirada aguileña y leonina a la vez abarcar el cielo y la tierra, ver el azul supremo, la blancura de las cumbres y el verdor de los valles. ¡Pero el alma clavada a tierra... ! Y ninguna otra, sin embargo, ve más cielo. Sujeta a la palma de la mano izquierda de Dios, contempla la mano de su diestra, y en ella, grabada a fuego de rayo, la señal del misterio, la cifra de la esfinge, del querubín, del león-águila.

Y cuando empieza a nevar en el páramo, sobre el alma crucificada a su suelo, la nieve sepulta a la pobre alma arrecida, y en el blanco manto se descubren las ondulaciones del alma sepultada. Sobre ella pasan las fieras hambrientas, y acaso escarban con sus garras en la blancura al husmear vida dentro.

Todos estos paisajes se ven o se sueñan en esas horas abismáticas en que, al separarse uno de la dulcísima ilusión de la sociedad de sus hermanos, de sus semejantes, de sus compañeros, cae de nuevo en la realidad de sí mismo. Todos estos paisajes he soñado y visto después de una nevada sobre Madrid, sobre Madrid estepario, y mientras del Madrid administrativo –no hay otro modo de decirlo–, de la arreciente capital administrativa de España, nevaba en densos copos sobre mi corazón. Y mirando a lo largo de la sábana de nieve vi que se levantaba en sierra contra el cielo. Y un momento desesperé. Un momento que se prolonga como la misma nieve sobre el suelo.

Nieve

Nieva. Espectáculo y sensación que siempre me rejuvenece. ¿Rejuvenecer? ¡Sí, rejuvenecer! Parece que la nieve, en el invierno, debería dar sensación de vejez, y recordar su blancura a la de las canas, y sin embargo, en navidades, a fin de año y a la entrada del invierno –por lo menos en este hemisferio boreal o ártico, que es donde se formaron las tradiciones y leyendas de nuestra cultura común–, en navidades, se celebra la fiesta de la niñez, el culto al Dios Niño. El nacimiento del Hombre-Dios se pone en un paisaje nevado y alto, aunque en Belén no fuere muy conocida la nieve. El año en este hemisferio, en el mundo que conocieron los grecorromanos autores del calendario, empieza en invierno. Bien es verdad que acaba en él. En invierno se abrazan el año viejo y el año nuevo, la vejez de un año con la infancia del que le sigue. Y si se dice: «¡Oh primavera, juventud del año!», tanto como: «¡Oh invierno, vejez del año!», cabe

decir: «¡Oh invierno, infancia del año!», o si se quiere:
«¡Oh infancia, invierno de la vida!»

El invierno de nieve, o la nieve del invierno, tanto o más que la vejez, nos recuerda la infancia. Entre otras cosas, por su desnudez y su blancura. Es lampiño como la infancia. Y el manto de la nieve parece una sábana para recibir a un niño.

Desde unas nubes pardas, grises, oscuras, penumbrosas, cae el manto de copos de la nieve, del que ya dijo algún poeta que era como una lluvia de plumas de alas de los ángeles, de ángeles que al entrar el invierno cantaron lo de: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz!». En la antigüedad, las campañas guerreras se suspendían por razones prácticas y de conveniencia, al entrar el invierno. El invierno era la estación, por excelencia, pacífica. Y la caída de la nieve es un símbolo de paz.

Hace años escribí un pequeño poema, «La nevada es silenciosa», que guardo todavía inédito. Helo aquí:

La nevada es silenciosa,
 cosa lenta;
poco a poco y con blandura
reposa sobre la tierra
y cobija a la llanura.
Posa la nieve callada,
 blanca y leve;
la nevada no hace ruido;
cae como cae el olvido,
 copo a copo.
Abriga blanda a los campos
cuando el hielo los hostiga,

Nieve

con sus campos de blancura;
cubre a todo con su capa,
pura, silenciosa,
no se le escapa en el suelo
cosa alguna.
Donde cae allí se queda,
leda y leve,
pues la nieve no resbala
como resbala la lluvia,
sino queda y cala.
Flores del cielo los copos,
blancos lirios de las nubes,
que en el suelo se ajan,
bajan floridos,
pero quedan pronto
derretidos;
florece sólo en la cumbre,
sobre las montañas,
pesadumbre de la tierra,
y en sus entrañas perecen.
Nieve, blanda nieve,
la que cae tan leve,
sobre la cabeza,
sobre el corazón,
ven y abriga mi tristeza
la que descansa en razón.

Lo más simbólico de la nevada, en efecto –y este *en efecto* no tiene ya nada poético–, es su silenciosidad. Silenciosidad más bien que silencio. La nieve es silenciosa. El agua de la lluvia, y más si ésta es fuerte, rumorea y a

las veces alborota en el ramaje de los árboles, en las hierbas del pasto, en los charcos en que chapotea. La nevada, no; la nevada cae en silencio, y llenando los huecos, iguala el sobrehaz de las cosas. La silenciosa nevada tiene un manto, a la vez que de blancura, de nivelación, de allanamiento. Es como el alma del niño y la del anciano, silenciosas y allanadas. ¡Los largos silencios del alma del niño! ¡Los largos silencios del alma del anciano! ¡Y la blancura allanadora de la una y de la otra!

Así como al ponerse el sol, al atardecer, en el lubricán, las cosas no se hacen sombra unas a otras, y como que se abrazan y cohermanan o *cofradean* en la santa unidad del crepúsculo y más tarde en la unificadora negrura de la noche, así en el blancor de la nieve. La blancura de ésta y la negrura de la noche son los dos mantos de unión, de fusión, casi de hermanación.

¡Y un campo todo nevado y de noche, a la luz de la luna que parece también de nieve! Es cuando mejor se siente el sentido íntimo, enigmático, místico, de las estrellas. Y en especial de la llamada Vía Láctea, y aquí, en España, Camino de Santiago. Vía Láctea, es decir, de leche. ¿Y por qué no Vía Nívea o de nieve? ¿Por qué si los copos de la nieve se componen de cristales de agua no hemos de creer que los copos de la Vía Láctea son cristales de luz?

Y como la nieve son las estrellas silenciosas. Y no lo es el agua. Díaz Mirón, el poeta mejicano, dijo una vez esta frase maravillosa:

y era como el silencio de una estrella
por encima del ruido de una ola.

«Año de nieves, año de bienes» –dice aquí el refrán–. Porque la nieve endurecida luego por la helada es el caudal de agua para el agostadero del estío. ¡Ay del que al llegar al ardoroso estío de la vida, al agosto de las pasiones ardorosas, no conserva en el alma la blanca nieve de la infancia, de donde manan surtidores de frescura fecundante! ¡Nieve de infancia, nieve de vejez también!

Notas de un viaje a Italia (1892)

Publicado en el suplemento literario de *El Nervión*, Bilbao, 12 de junio de 1892.